

OCHO VUELTAS DE TUERCA

(Selección de relatos)

© Pedro de Paz, 2010



A Jerónimo Tristante, Javier Puebla, Lorenzo Silva, Carlos Salem, Juan Ramón Biedma, Montero Glez, David Torres, Marta Rivera de la Cruz, Andrés Pérez Domínguez, Jorge Díaz, Fernando González Ledesma, Alfonso Ruiz de Aguirre... y tantos y tantos compañeros de travesía (imposible incluir todos los nombres) que hacen de esta aventura algo mágico y sumamente grato.

Y a Arturo Pérez-Reverte por mostrarme el camino.

© Pedro de Paz, 2010

Todos los derechos tanto de los textos aquí contenidos como de la presente edición electrónica corresponden a Pedro de Paz. Queda terminantemente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en otros medios ajenos al presente formato electrónico sin consentimiento escrito del autor. Se permite la libre distribución y difusión de este fichero electrónico siempre y cuando: a) se distribuya sin alterar su contenido original y b) no se omita la fuente y la autoría del mismo.

INDICE

Una época de mierda	5
Defensa propia	13
Mala suerte	15
<i>Revenge Blues</i>	27
<i>Don't Fear The Reaper</i>	35
El tirador	41
Sensualidad tru(su)culenta	47
Llámeme Jack.....	49

Una época de mierda

—Póngame otro café, por favor.

Es el tercero de la tarde. Miguel Cortés lleva apostado en la barra de aquel bar algo más de hora y media, aguardando, ojeando, estudiando el terreno. Preparando el momento adecuado para saltar sobre su presa. Alberga la certeza de que el objetivo se encuentra en el interior de su domicilio, al otro lado de la calle, pero no le queda más que esperar. Podía haber tratado de abordarle dentro de su casa, pero el pájaro no era tonto y sospechando que andan tras su pista, difícilmente le hubiese franqueado el paso. Como para no sospecharlo. Cuarenta mil euros que se había levantado el fulano por todo el morro con una estafa de las de arte y ensayo. Cuarenta mil razones para cabrear a quien no debía. Para ser exactos, a los que habían contratado sus servicios. Un encargo que, en esta ocasión, contaba con un aliciente adicional: en lugar de su tarifa habitual, Cortés había negociado un porcentaje sobre el dinero a recuperar. Un sabroso porcentaje con el que pasar unas cómodas navidades. Navidad. «Vaya mierda», evoca con un deje de irascible melancolía. Época de fingidas alegrías y acartonadas sonrisas, de buenos deseos más falsos que un euro de plástico, de apreturas, estridencias y bullicio innecesario y gratuito. Navidad. Por él, podían todos meterse la Navidad por donde les cupiese.

Alza la mirada y la dirige de nuevo hacia al otro lado de la calle. Ningún movimiento. Extrae un cigarrillo del paquete depositado sobre la barra y lo enciende con más hastío que ganas. Las sombras del atardecer comienzan a teñir la ciudad al tiempo que una miríada de bombillas de colores en forma de árboles, campanas y guirnaldas despliega su manto sobre las avenidas. El ayuntamiento insiste en recordarnos a base de señales luminosas que debemos ser felices. Fuera, en la calle, un grupo de niños corretea de un lado para otro observando los escaparates con risueña delectación. Cortés casi puede escucharlos en la distancia. «Me lo pido. Y yo. Y yo. Pues a mí me han dicho que me lo van a traer los reyes». La gente va y viene por las aceras. Pasea sonriente, ajena, despreocupada. Radiante. El efecto sedante de la forzada cordialidad navideña. La radio del bar, atenuada por el bullicioso

ambiente que impregna el local, desgrana la suave cadencia de acordes del tema Roxanne, una armoniosa melodía que poco a poco, casi sin sentirlo e, indudablemente, sin desearlo, termina por introducirse entre las costuras de su ánimo. Tras echar un nuevo vistazo al portal de enfrente, Cortés alza la taza de café y da un sorbo. ¿Cuándo cojones querrá salir aquel idiota?

Por la puerta del bar aparecen cuatro jóvenes. De edad cercana a la veintena, el grupo viste a la más furibunda moda. El último grito para el maki de barrio. Atuendo deportivo, pantalones de chándal, gorras con la visera curvada, zapatillas ultradinámicas de marca y anoraks de colores brillantes. Tras despojarse de las prendas de abrigo, Cortés advierte cómo dos de ellos lucen gruesas cadenas de oro al cuello y marcan músculo vistiendo camisetas una talla más pequeña de lo que cualquier médico cardiovascular recomendaría. Toman asiento al fondo del local en medio de una algarabía de voces y risotadas. Están de fiesta, sin duda. Otros imbuidos del espíritu lúdico de las fechas. Sólo que estos parecen llevarlo hasta límites bastante extremos. O simplemente, puede que sean gilipollas. Todo es posible. Desde la mesa, exigen al camarero su consumición a grito pelado.

—¡Jefeeeeeee!, pon cuatro botijos por aquí. Y un aperitivo guapo, que tenemos hambre.

Un anciano observa la escena desde su asiento ubicado en el centro de la sala. De porte elegante, viste de forma sobria pero correcta. La piel de su rostro y sus manos luce curtida, surcada por un sinnúmero de arrugas, como las muescas que presentaría alguien batido por las inclemencias de la vida. Su barbilla se presenta cubierta por una perilla rala terminada en forma puntiaguda un par de dedos por debajo del mentón. El apéndice le confiere un aspecto entre venerable y trasnochado, evocando la sobria imagen de un viejo marino varado en tierra firme. El hombre mira a los jóvenes con desaprobación y mueve la cabeza de un lado a otro antes de volver a clavar los ojos en el periódico que despliega sobre la mesa. Cortés otea de nuevo a través de la cristalera del bar. Nada. Su presa continúa sin aparecer. No puede perder aquella oportunidad. No puede dejarlo escapar. Un chivatazo le ha informado de que el levantador de capitales tiene la intención de abandonar el país con el fruto de varias estafas. O le trinca hoy o adiós, muy buenas. Da un nuevo sorbo a su café. No queda sino seguir esperando.

Pocos minutos después, una mujer de raza asiática tocada con una titilante diadema luminosa en la cabeza atraviesa el umbral del establecimiento. En sus manos porta un extenso y colorido muestrario que va ofertando mesa por mesa a los parroquianos. Discos, DVDs, luminarias de brillantes colores para los críos. Sólo le faltan las rosas para tener el catálogo completo. El anciano sentado en un rincón responde con un educado «no, gracias» ante el ofrecimiento de la mujer. Cuando pasa al lado de la mesa en la que se acomoda el grupo de jóvenes, uno de ellos reclama su atención a voces desde el fondo de su asiento.

—¡Eh, china! ¿Cuánto?

La mujer, señalando el manojito de películas que lleva en una mano, le responde con voz cantarina y aguda

—Dos películas, tres euros.

El joven adopta una sonrisa mordaz, aviesa.

—No, si digo que cuánto por una mamada.

Los cómplices del joven estallan en risotadas ante el manifiesto desagrado de la mayor parte de los clientes del bar. La mujer no parece enterarse de la impertinencia, o prefiere hacer como que no se ha enterado, y sonríe con gesto sumiso y complaciente. Cortés lanza una mirada hacia el rincón donde se encuentra el grupo. Pandilla de gilipollas malcriados. Cuando el eco de las carcajadas comienza a desvanecerse, una voz grave y rasposa se alza por encima del murmullo imperante en el bar.

—No tenéis vergüenza. Sólo trata de ganarse la vida. No tiene porqué aguantar insolencias de nadie.

Todos los presentes, incluido Cortés, vuelven la mirada hacia el origen de aquellas palabras. Desde su mesa, el anciano observa al grupo de jóvenes con un punto de indignación brillando en sus pupilas y las palabras recién pronunciadas despuntando aún en la comisura de sus labios. Los jóvenes, sorprendidos por la inesperada interpelación, observan al anciano con expresión confusa. Uno de ellos, el que parece llevar la voz cantante, se lo queda mirando con gesto retador.

—Abuelo, métete en tus putos asuntos y no nos cortes el rollo, que aquí nadie te ha dado vela.

Al anciano le tiembla el labio inferior. Un ardiente sentimiento de ira le reconcome las entrañas, pero es plenamente consciente de que pintan bastos y que frente a aquellos cuatro animales no dispone de la menor oportunidad. Derrotado, hunde sus ojos en el periódico al tiempo que escupe entre dientes un par de balbuceos furiosos. El joven que le ha replicado se levanta de su asiento y se acerca a él con paso arrogante, el ceño fruncido y las ganas de gresca grabadas a fuego en el semblante. Luce el pelo cortado a cepillo, pose de matón de gimnasio y musculatura esculpida a base de esteroides. Y demasiado alcohol en el cuerpo. En el bar ya llevan consumidas tres rondas, más lo que trajesen puesto de casa. Las putas navidades y las ganas de la gente de celebrarlas por todo lo alto. Ante el cariz que parece tomar la situación, la mujer china, que hasta ese momento había permanecido en un discreto segundo plano, se escabulle a toda velocidad hacia la puerta del establecimiento. Ha contemplado demasiadas broncas como para no saber cómo empiezan.

—¿Qué has dicho por lo bajo? —inquire el joven cuando llega hasta el anciano.

«Venga, coño. Deja ya al abuelo. Ya le has humillado lo suficiente». Cortés siente una cierta lástima por el hombre. Alaba lo cabal de su gesto, pero buscar aquel enfrentamiento ha sido una locura. El anciano permanece con la cabeza agachada, enterrando la mirada entre las hojas del periódico que se despliega ante a él. El joven insiste imprimiendo a su voz un tono de mayor dureza.

—Te estoy preguntando que qué has dicho.

Los músculos de Cortés se tensan en un reflejo casi automático. Va a haber problemas. Cortés lo ha leído en la cara de aquel cafre como en un libro abierto. Con un rápido movimiento de cabeza, echa un vistazo hacia el otro lado de la calle. Su presa sigue sin dar señales de vida. De inmediato, se gira en su asiento para prestar atención a la tensa escena que se desarrolla en el interior del local. El resto de clientes permanecen en silencio, expectantes. Nadie se atreve siquiera ni a respirar. El anciano alza al fin la cabeza y clava sus ojos en los de aquel energúmeno. Su voz tiembla levemente tras cada una de las palabras.

—He dicho que por gentuza como vosotros, sin valores ni respeto por nada, es por lo que esta sociedad terminará yéndose a la mierda.

—¿Me estás llamando gentuza, viejo?

El rostro del anciano se enciende de rabia.

—Sí, niñato —replica el anciano arrastrando cada una de sílabas.

El joven sonrío de medio lado. Una sonrisa falsa, engañosa, mezquina. Peligrosa. Entorna los párpados con un gesto de condescendencia y emite un bufido altanero antes de replicarle al anciano:

—Que par de hostias más bien dadas se está ganando alguien en estos momentos.

El tono del joven se está volviendo hosco, amenazador. Da un paso adelante y se acerca aún más al anciano con intenciones poco claras. Cortés observa como abre y cierra los puños de manera compulsiva. Se va a armar la gorda. Se va a liar una pajarraca guapa. «Me cago en todo lo que se menea», piensa. El camarero, tras la barra, trata de poner algo de orden elevando una tímida protesta, pero ésta se desvanece tras un afilado cruce de miradas con los cómplices del energúmeno. Al fin y al cabo, él es un mero empleado y no le pagan por oficiar de árbitro. Al menos, no lo suficiente. Cortés echa un último vistazo al otro lado de la calle antes de levantarse de su taburete, cubrir la corta distancia que lo separa del anciano y apostarse a su espalda mientras trata de componer una expresión lo más conciliadora posible.

—Venga, colega. Déjalo en paz.

—¡Andá!, si el viejo ha venido con un doberman —replica el joven con socarronería al tiempo que el grupo de palmeros que lo acompaña le corean la gracia con estruendosas risotadas.

El resto de parroquianos que pueblan el local observan la escena con expectación. La tensión flota en el ambiente al mismo nivel que el humo de los cigarrillos. Y casi con la misma densidad. Cortés echa un nuevo vistazo por el ventanal y, en ese instante, observa cómo su objetivo sale del portal cargando dos maletas. Mierda. Cortés duda. No puede permitirse el lujo de enzarzarse en una discusión. Tiene que salir de allí a toda prisa. Finalmente, opta por volverse hacia su interlocutor. Debe zanjar aquella situación de inmediato.

—El doberman te ruega amablemente que dejes en paz al caballero y vuelvas a tu sitio. Por favor.

Una sonrisa entre cínica y estúpida se dibuja en el rostro del joven que, por un momento, deja de prestar atención al anciano para encararse con Cortés. Da un par de pasos hacia adelante hasta situar su rostro a dos palmos de su nuevo objetivo. Los tres acólitos del gallito de barrio hacen intención de levantarse de sus asientos y acercarse hasta el epicentro del conflicto.

—¿Y si no me da la gana? —inquire desafiante.

Cortés no puede despegar la mirada de la cristalera del bar. Su objetivo acaba de detener un taxi. Si sale a la carrera, aún está a tiempo de alcanzarlo. Calcula las posibilidades. Cuarenta mil euros. El diez por ciento para él. No puede dejarlo escapar.

—Estoy hablando contigo, payaso —le increpa de nuevo el joven.

Cortés mira al joven y, sin pronunciar palabra, vuelve de nuevo a mirar hacia el otro lado de la calle. Su presa ha cargado sus pertenencias en el maletero del taxi y se dispone a introducirse en su interior. El joven, envalentonado por la pasividad de su adversario, vuelve a encararse de nuevo con el anciano. Se acerca hasta él y le golpea varias veces con las yemas de los dedos en la solapa de la chaqueta al tiempo que le espeta:

—Viejo, la próxima vez métete la lengua en el culo. Y cómprate un chucho con más cojones.

Ante la provocación, el anciano hace ademán de levantarse. Es un combate perdido y él lo sabe. No tiene nada que hacer frente a aquella bestia parda con más músculo que cerebro y educación. Pero en su rostro se dibuja una férrea determinación, aunque ésta sea la de librar una batalla sentenciada de antemano. No está dispuesto a dejar pasar una afrenta como aquella. Aunque sus fuerzas no lo refrenden, su orgullo no se lo permite. Ya está a punto de incorporarse cuando siente cómo una mano se posa sobre su hombro. La mano firme y decidida de alguien situado a su espalda que, con el gesto, le conmina a permanecer sentado. Cortés echa un último vistazo a través de la cristalera y observa cómo el taxi situado al otro lado de la calle inicia su camino. Acaba de ver volar, ante sus narices, cuatro mil euros del ala. Sin pronunciar una sola palabra y con un rápido movimiento, Cortés alza el brazo derecho y estrella su puño en la cara del joven con toda la rabia de la que es capaz. Un único impacto, certero y demoledor, que se estampa en el centro del rostro. Bajo sus nudillos, Cortés siente crujir el tabique nasal del

joven que, ante el inesperado embate, trastabilla dos o tres pasos hacia atrás hasta caer de culo en el suelo. De su nariz comienza a fluir sangre como si fuese San Martín en plena matanza mientras de su garganta brota un agónico rugido de dolor. La sorpresa se dibuja en su tumefacto rostro, un rostro por el que profusos regueros de sangre comienzan a resbalar en dirección a su barbilla y de ahí a sus ropas al tiempo que un atisbo de estupor se perfila en el semblante de los compañeros de correrías del joven, que no esperaban una reacción tan expeditiva y contundente. Cortés, haciendo gala de una serenidad aún más inquietante que cualquier gesto de arrebató, se dirige a ellos con voz grave y templada, exenta de temor, aprensión o enojo.

—¿Alguien más quiere jugar con el perro?

Los tres acólitos ayudan a incorporarse de forma apresurada a su infortunado compañero que, lívido, chorreando sangre como un cerdo y con el rostro desencajado, no ha parado de gritar de dolor. A toda prisa, recogen sus anoraks y sus enseres y salen del local todo lo rápido que les permite su maltrecha dignidad, no sin antes dirigir una mirada de profundo rencor a un Cortés que observa cómo el grupo se pierde entre el gentío que puebla las calles. Terminado el espectáculo, los parroquianos vuelven a ocuparse de sus asuntos y el bar comienza a recuperar su cuota de normalidad. Cortés se dirige al anciano.

—¿Se encuentra bien?

En los ojos del anciano brilla un destello de honroso y sincero agradecimiento. Sin pronunciar una palabra, inclina levemente la cabeza en un gesto de deferencia. Por toda respuesta, Cortés asiente y se encamina hacia el lugar que previamente ocupaba en la barra. Alza la mano para solicitar al camarero que le traiga la cuenta. Éste le obsequia con una sonrisa y un expeditivo ademán que le da a entender que la cuenta está saldada. Cortesía de la casa. Toma la taza y da un sorbo. El café se le ha quedado frío. Y su objetivo, camino de Dios sabe donde. «Maldita sea mi estampa. Si ya lo decía yo: la Navidad es una época de mierda».

Parque Coimbra, 15 de noviembre de 2008

Defensa propia

La luz azul de los rotativos destella sobre las paredes del callejón. Los agentes deambulan de un lado para otro alrededor del cadáver. El inspector Tejada aspira una calada de su cigarrillo mientras observa la escena apoyado sobre uno de los coches patrulla. De las ventanas próximas llegan los ecos de un saxo cuya ejecución perpetra alguien poco avezado. *Harlem Nocturne* de Earle Hagen. «Mierda —piensa Tejada—, desde la serie Mike Hammer todo el mundo se cree con derecho a destrozarse la puta canción».

—Tres disparos. Dos en la espalda y uno en la cabeza. A quemarropa —anuncia Alonso sin la menor emoción.

—No —musita Tejada.

—¿No?

—No. Pondrás que fue a varios metros de distancia. Yo alegaré defensa propia.

Alonso sonrío con desgana.

—Los de la espalda van a ser difícil de justificar.

—Me da igual. Rellena el informe y pon lo que te he dicho.

—Pero...

—Ni pero ni hostias. Ese no volverá a poner la mano encima a ningún otro niño.

Tejada abre la cartera y contempla las fotos de sus dos hijos. Luego, alza la mirada para posarla con desprecio en el cuerpo derrumbado en el suelo. Quizá haya sido, en efecto, en defensa propia.

Parque Coimbra, 13 de octubre de 2008

Mala suerte

El impacto en pleno rostro de aquel demoledor puñetazo hizo que su cabeza rebotase con violencia contra el respaldo de la silla a la que se encontraba amarrado. Una fina y espumosa hebra rojiza, mezcla de sangre y saliva, brotó de la comisura de sus labios y se perdió en el vacío goteando a través de su barbilla. Goofy Rodríguez volvió la cabeza a un lado y escupió con desdén hacia el suelo, a los pies de aquellos dos tipos.

—Más vale que nos lo digas o esto se te va hacer muy largo.

—Ya os he dicho que no tengo ni puta idea.

—Está bien. Como quieras —masculló uno de sus interrogadores al tiempo que descargaba un nuevo y contundente golpe sobre su magullado rostro. El corte de su labio inferior se abrió aún más y su paladar se anegó con el regusto salobre de su propia sangre. Una apremiante sensación de vértigo comenzó a embotarle los sentidos sin embargo, cuando ya creía encontrarse a un paso de perder el conocimiento, el contenido de un vaso de agua se estrelló contra su cara reavivando su consciencia. Aquellos hijos de puta eran auténticos profesionales.

Arturo Goofy Rodríguez nunca había sido un tipo con suerte. El apodo, arrastrado desde sus tiempos de adolescencia, le había sido impuesto con motivo de su alta figura y sus desgarrados ademanes, sin embargo, con el tiempo, la mayoría de sus conocidos habían preferido trocar el jocoso sobrenombre mediante un burdo juego de palabras que aludiese a su sempiterna mala fortuna y desde hacía mucho tiempo, más del que lograba recordar, Gafe Rodríguez era la forma más habitual por la que solían referirse a él. Goofy alzó la mirada y, a duras penas, contempló a través de sus párpados hinchados a aquella mala bestia que no parecía cansarse de repartir hostias. En mala hora. En mala hora decidió meterse en aquel maldito bisnes. «Pasta gansa de la guay. Por no hacer prácticamente nada», le había dicho el Jero cuando se lo propuso. «Vienes, recoges, entregas y a correr. Es pan comido». Y lo cierto era que todo había salido a pedir de boca. Recogió y entregó. Pero, por algún extraño motivo, allí se encontraba ahora, en aquel sótano mugriento,

haciendo honor a su segundo sobrenombre y comiéndose una ruina de la que alguien, en algún aciago momento, había decidido hacerle plenamente responsable.

—¿Vas a contárnoslo de una vez?

—Te repito que no tengo...

Antes incluso de que hubiese completado la frase, el hosco inquisidor que lo interrogaba ya había extendido el brazo y le había vuelto a cruzar la cara de un sonoro guantazo con el dorso de la mano.

En ese instante, la puerta de aquel lúgubre cuartucho se abrió para dar paso a un individuo de peculiar aspecto. Calzaba botas de cuero de un estridente diseño rematadas en punta metálica y vestía pantalón vaquero ceñido en exceso, cinturón de hebilla metálica ancha y una camisa negra con las mangas enrolladas sobre los antebrazos y que llevaba desabotonada con cierta exageración hasta la mitad del pecho. El conjunto lo completaban un llamativo crucifijo de oro que pendía de su cuello y un aún más llamativo revólver cromado embutido en su cintura. Parecía un modelo recién salido del Macarra's Digest. Por la magullada cabeza de Goofy sobrevoló la idea de hacer algún comentario chistoso al respecto. La ocasión la pintaban calva, pero la adusta expresión de aquel rostro daba a entender de forma meridianamente clara que el fulano no tenía el culo para ruidos.

Los dos interrogadores dejaron de castigarle la cara y se echaron a un lado mientras el recién llegado se aproximaba con parsimonia hasta el lugar que ocupaba Goofy Rodríguez. Con gesto tranquilo, extrajo el revólver de su cintura, lo depositó sobre una mesa cercana y procedió a acomodarse dejándose caer sobre una silla dispuesta frente al rehén. Durante unos instantes, aquel individuo se dedicó a estudiar en silencio al desafortunado cautivo con una indolente mirada despuntando en sus ojos pequeños y glaucos. A los pocos segundos, aquel desconocido cargó el peso de su cuerpo hacia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas y acercó su cara a la del pesaroso Goofy en una actitud a medio camino entre el tedio, el fastidio y la incomodidad.

—Vamos a ver si acabamos con esto de una vez que nos está quedando un poco largo. Por si aún no lo tienes claro, te contaré de nuevo la movida. Nuestros amigos de Colombia acordaron enviarnos diez bolsas de kilo. Bolsas

que tenía que recoger el Jero. Las mismas bolsas que te encargaron traer hasta aquí. Sorprendentemente, cuando las bolsas llegaron a mis manos, en el lote había sólo nueve. Los colombianos son gente de confianza. El Jero, además de ser de confianza, ha estado aquí esta mañana, hablando conmigo, y me ha dicho que él no sabe nada del asunto. Le creo. Así que, por eliminación, sólo tú debes saber lo que ha pasado con la bolsa que falta. Y quiero que me lo cuentes.

—Te juro que no tengo ni idea. Yo no sé...

El individuo levantó la mano en un gesto de hastío al tiempo que se llevaba un dedo a los labios en inequívoca señal de que guardase silencio.

—Mucho cuidado con lo que vas a decir. Estas cuestiones tienden a aburrirme. Si me aburro, me marcharé. Si me marchó, será para no volver. Y si decido no volver, aunque aquí mis primos —el desconocido señaló a los dos matones— te hiciesen cambiar de opinión y quisieses cantar, ya no habría nadie para escucharte. Y ellos se verían obligados a acabar lo que han empezado. Así que, lo dicho: mucho cuidado con lo que vas a decir. No me apetece escuchar excusas tontas.

Goofy guardó silencio durante unos instantes mientras trataba de medir y escoger sus palabras con el mayor acierto posible.

—No creerás que soy tan imbécil como para mangarte una bolsa y venir tan campante hasta aquí para traerte el resto, ¿no? —dijo finalmente.

—No te haces una idea de la cantidad de imbéciles con la que me cruzo todos los días. Capaces de esa estupidez y de mucho más. Y, hasta ahora, tú no has dado muestras de ser mucho más listo. Prueba de nuevo.

La mente de Goofy trabajaba a toda velocidad tratando de encontrar una explicación que satisficiera a aquel émulo de Vito Corleone al que incluso imitaba en su insustancial verborrea. Tenía que encontrar la forma de convencerlo lo antes posible o estaba listo de papeles.

—Te repito que no tengo ni idea de lo que ha podido ocurrir con la bolsa. Yo me limité a recoger lo que me dieron y traerlo hasta aquí. Nada más.

Su interlocutor lo taladró con la mirada tratando de calibrar qué había de verdad y qué no en las palabras de Goofy Rodríguez. Tras unos segundos, aquel inquietante individuo se volvió para coger el revólver que momentos antes había depositado sobre la mesa. Con gesto tranquilo, casi apático, abrió

el tambor y volteó el arma hasta situarla en posición vertical para que su carga se vaciase. Seis piezas de metal cayeron sobre la mesa de madera emitiendo un leve tintineo metálico.

—¿Crees en la justicia divina? —le preguntó a Goofy sin dirigirle la mirada.

—No mucho, para qué nos vamos a engañar.

—Yo sí. Aquí, donde me ves, soy un gran creyente —el individuo tomó entre los dedos el ostentoso crucifijo que pendía de su cuello y se lo llevó a los labios en un gesto de extremo respeto—. Puede que te parezca mentira pero yo creo firmemente en nuestro Señor y en que jamás deja desvalido a un inocente.

El hombre cogió una de las seis balas desperdigadas sobre la mesa y la introdujo en el revólver. Después, se volvió hacia Goofy e hizo girar el tambor frotándolo repetidas veces contra la palma de su mano. El mecanismo ronroneó suavemente entre sus manos al igual que lo haría un gato satisfecho. Tras unos segundos, antes de que su rotación se detuviese, lo cerró con un seco y fugaz movimiento de muñeca.

—Este revólver tiene capacidad para seis disparos. Ahora, cinco están vacíos y uno tiene una bala. Voy a apuntarte a la cabeza y a apretar el gatillo cinco veces. Si de verdad eres inocente como dices, nuestro Señor no permitirá que sufras daño alguno y yo te dejaré marchar. Te doy mi palabra. Pero, si eres culpable, el Señor impartirá justicia.

—No me jodas.

—Tienes otra salida. Aún estás a tiempo de decirnos dónde has escondido la bolsa que falta. Si lo haces y logramos recuperarla, tampoco creas que te vas a ir de rositas. La prueba seguirá adelante igualmente sólo que, en lugar de apuntarte a la cabeza, apuntaré a una rodilla. Siempre es preferible ser un cojo de mierda a un cadáver en un descampado. En tu mano está la última decisión.

—Pues me parece que tenemos un serio problema. Porque yo no tengo la bolsa.

—Tú mismo.

Sin más prolegómenos, aquel individuo alzó su arma y la apoyó sobre la sien de su prisionero. Al contacto con su piel, la gelidez del pequeño y mortífero

tubo cromado provocó en él un súbito escalofrío. A través del metal pudo incluso percibir cómo el dedo índice de su ejecutor se iba tensando sobre el gatillo y el percutor del arma se alzaba de forma lenta e inexorable. Goofy cerró los ojos, apretó los dientes y esperó a que se produjese el fatal desenlace.

Clic.

Abrió los ojos de forma desmesurada y emitió un hondo suspiro de alivio. De momento, todo seguía en su sitio. Frente a él, su ejecutor sonreía con fatalidad, como si le hubiese resultado harto incómodo el hecho de que el revólver no hubiese escupido su letal descarga.

—Aún tienes la oportunidad de cambiar tu cabeza por tu rodilla. Tú decides.

—Te juro que yo no tengo la puta bolsa —respondió elevando la voz por efecto de la adrenalina que corría a raudales por sus venas.

—No jures en vano. No me gusta.

El hombre alzó el arma y la apoyó de nuevo sobre la cabeza de Goofy. Éste, por toda respuesta, volvió a cerrar los ojos y esperó. Un extraño pensamiento cruzó su mente. No era cierto que, cuando alguien estaba a punto de morir, toda su vida se mostrase ante él en forma de vertiginosas diapositivas. En esos instantes, uno se sentía incapaz de pensar en nada ni en nadie y mucho menos acordarse de momentos pasados. Lo que sí resultaba cierto era que la boca del estómago se agarrotaba hasta provocar dolorosos calambres y la glotis parecía hincharse hasta alcanzar el tamaño de una pelota de tenis. Le costaba un gran esfuerzo tragar incluso la escasa saliva que su boca producía.

Clic.

Goofy abrió de nuevo los ojos. Su pecho se agitaba de forma convulsa al ritmo de su respiración espasmódica y un sudor frío empapaba su camisa haciendo que ésta se le pegase al cuerpo como una segunda piel.

—Eres un hombre con suerte.

—Sí, cojonuda. Mírame. Estoy que exploto de felicidad.

La adrenalina inundaba su organismo tratando de contrarrestar la angustia producida por la situación límite a la que se enfrentaba. Como efecto colateral, la sustancia generada por su cuerpo le imbuía en una especie de delirio sarcástico incapaz de dominar.

—¿No tienes nada que decir?

—Sí. ¿Te importaría soltarme?

Por toda respuesta, el hombre apoyó de nuevo el cañón de su arma en la sien de Goofy. Éste volvió a cerrar los ojos y esperó el fatal desenlace. Su fortuna no era tan buena como para haber llegado hasta allí. Nunca lo había sido. Sin duda alguna, aquél sería el disparo definitivo y, en breves momentos, sus sesos decorarían las paredes de aquel cuchitril como si se tratase de una exposición de Pop Art. Su cerebro, al borde del colapso, no cesaba de trabajar. En él se agolpaban decenas de preguntas: ¿Qué sentiría? ¿Le molestaría mucho el ruido? ¿La cercanía del revólver a su oído lo dejaría sordo? ¡Por Dios, iban a volarle la cabeza! ¿Qué coño importaba todo eso?

Clic.

En esta ocasión, Goofy no quiso abrir los ojos de inmediato. Permaneció con ellos cerrados durante unos segundos en un irracional y absurdo gesto por evitar enfrentarse de nuevo a aquella cruel tortura. Cuando al final se decidió a hacerlo, observó cómo el hombre que tenía frente a él le sonreía abiertamente con un gesto a medio camino entre el escepticismo y la admiración.

—Tienes pelotas, lo reconozco, pero eres completamente imbécil.

—Me lo dicen muy a menudo.

—Nada vale lo suficiente como para compensar el precio de la propia vida. Ni siquiera una bolsa de un kilo de coca. Te quedan tan sólo dos intentos más. Las probabilidades de salir con vida son cada vez menores. No entiendo por qué sigues empeñado en no decirnos dónde la escondiste.

—¿Pudiera ser porque yo no la tengo? —le espetó Goofy con la mayor naturalidad.

—Te veo muy sereno para estar a punto de morir.

—Cuestión de perspectivas. No tengo otra salida. No puedo hacer nada por librarme de esta pantomima porque no depende de mí. Yo no tengo la puta bolsa y tú no te lo quieres creer. Tan sólo me queda esperar a que me metas un tiro en la cabeza. Así que acabemos de una vez con toda esta mierda. Cuanto antes, mejor.

Por un instante, la sombra de la duda aleteó ante los ojos del ejecutor. ¿Y si se estaba equivocando? Nadie estaba tan desquiciado como para continuar con aquel juego habiendo llegado hasta ese punto. Le quedaban dos

disparos por hacer. Era jugársela con todas las de la ley. Nadie arriesgaba tanto. Siempre que se había visto en la tesitura de poner en práctica aquel curioso método —y ya habían sido unas cuantas veces—, la mayoría de los infelices se había rajado antes del primer disparo. Y el que no, lo había hecho antes de llegar al segundo. Y aquel chalado le estaba pidiendo que lo disparase a la cabeza por cuarta vez. No. Nadie estaba tan loco.

El hombre alzó el arma una vez más y apuntó a la cabeza de su víctima. Goofy aguantó la respiración y apretó los dientes hasta que los oyó rechinar. La espera se le hizo eterna.

Clic.

Goofy, por primera vez a lo largo del día, se permitió el lujo de esbozar una leve sonrisa. Los dos matones que momentos antes le habían golpeado de forma inmisericorde cruzaban entre ellos nerviosas miradas para luego volver a posar sus ojos en él, observándolo con una mezcla de estupor y respeto. Hasta su ejecutor estaba maravillado por el curioso devenir de la situación.

—No puedo negar que estoy realmente impresionado.

Goofy permaneció en silencio, resoplando agitadamente, a punto de estallar en un ataque de nervios.

—Tan sólo queda un disparo más por hacer y dos posibilidades —añadió el ejecutor—. Una tiene una bala y la otra no. Es jugársela al cincuenta por ciento, a cara o cruz. Si tienes algo que decir, más vale que lo digas ahora.

Goofy alzó lentamente la mirada. Su rostro se encontraba enrojecido, arrebolado por un sentimiento de infinita furia contenida. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y corrían profusamente por sus mejillas.

—Ya te he dicho que no puedo entregarte algo que no tengo. Haz lo que debas hacer.

El ejecutor frunció el ceño, sorprendido por la inesperada respuesta.

—Cualquier otro, en tu situación, ya me hubiese entregado hasta la virginidad de su hermana. Al final va a resultar cierto que no tienes nada que ver con la desaparición de la bolsa.

—Enhorabuena. Eres el rey de la perspicacia.

El hombre alzó el revólver. En esta ocasión, Goofy no cerró los ojos sino que, sin desviar la mirada, los clavó en los de su ejecutor. En ellos se desdibujaba una fatal determinación, un reto contenido, un exultante e implícito

desafío. «No vas a poder conmigo», parecían querer expresar sin que hubiese por medio palabras que sostuviesen la retadora afirmación. El dedo índice se tensó por quinta vez sobre el gatillo del revólver y el tiempo pareció detenerse. Incluso los dos matones presentes no pudieron evitar contener la respiración mientras contemplaban inmóviles, casi hipnotizados, la tensa y dramática escena. El percutor se alzó suavemente produciendo con su movimiento un leve y siniestro chasquido metálico. Goofy frunció los labios con fuerza hasta convertirlos en una fina línea y esperó la fatal descarga. Nunca en su vida había tenido tanta suerte y, con toda seguridad, no era aquel el momento de tenerla.

Clic.

Un ahogado gemido brotó al unísono de todas las gargantas. Un suspiro que tenía más de alivio, de tensión resuelta, que de decepción.

—No puedo creerlo —repetía una y otra vez aquel hombre aún con el revólver en su mano—. Es sencillamente imposible.

Goofy continuaba con la mirada clavada en su captor sin pronunciar palabra. A pesar del impasible gesto que se esculpía en su rostro, dos lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron a través de sus mejillas mezclándose con el copioso sudor que las cubría. El hombre depositó el revólver sobre la mesa y se dirigió hacia la parte de atrás de la silla en la que mantenía retenida a su presa al tiempo que extraía una navaja del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Goofy sin poder evitar que le temblase levemente la voz.

—Según la opinión de muchos de los que me conocen soy un auténtico cabrón pero, para tu fortuna, soy un cabrón con reglas. Te di mi palabra y yo acostumbro a cumplir mis promesas. Puedes marcharte. Sinceramente, no creo que tengas nada que ver con este asunto.

Goofy sintió cómo, de repente, cedía la presión de las cuerdas que lo mantenían atado a aquella silla. Sus brazos colgaron lánguidamente a lo largo de su maltrecho cuerpo. El corazón le latía como si fuese a salirse por la boca de un momento a otro. En un primer intento por levantarse sintió cómo las piernas le flaquearon. Aun así, lo intentó de nuevo empleando en ello todo el esfuerzo posible. Debía salir de allí lo antes posible. No podía permitirse el lujo de darle a aquella mala bestia la oportunidad de arrepentirse y cambiar de

opinión. Haciendo acopio de toda la dignidad que fue capaz dadas las circunstancias, terminó por incorporarse, se dirigió hacia la puerta de aquel tugurio y salió de aquel lugar con la firme intención de no volver a poner un pie en él jamás. Durante lo que le quedase de vida.

Una vez en la calle, Goofy se detuvo durante unos instantes y observó las solitarias avenidas de aquel complejo industrial bañadas por el tibio y suave sol del atardecer. Inspiró profundamente y compuso una mueca de extasiado placer al sentir cómo el aire penetraba en sus pulmones. Extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo de su camisa y trató de encender uno con el fin de calmar la ansiedad que aún le comía por dentro. Con evidente contrariedad comprobó cómo los cigarrillos estaban igual de empapados que el resto de su ropa lo que hacía inútil su uso. Estrujó el paquete entre sus manos y lo lanzó con rabia contra el suelo al tiempo que, cabizbajo, echaba a andar acera arriba. Tras recorrer un par de calles se topó con un solitario coche estacionado frente a una de las naves industriales y en cuyo interior aguardaba una figura familiar ocupando el puesto del conductor. Goofy se acercó hasta el vehículo, abrió la puerta y se introdujo en el asiento del acompañante.

—¿Todo bien? —preguntó el Jero.

—Todo bien. Arranca. Nos vamos.

El Jero se encaminó hacia el centro de la ciudad. Durante gran parte del trayecto ambos se mantuvieron en un discreto silencio. Goofy Rodríguez bajó la ventanilla, cerró los ojos durante unos instantes y dejó que el cálido aire de la tarde azotase su rostro. De cuando en cuando, el Jero lanzaba furtivas miradas a su silente acompañante, deseoso de entablar conversación pero sin atreverse a iniciarla. Finalmente, en vista del mutismo en el que se había sumergido su compañero, tomó la iniciativa y se decidió a preguntarle la duda que lo mantenía en ascuas.

—Lo que no entiendo es por qué no nos hemos quedado con las diez bolsas.

Goofy abrió los ojos con gesto de fastidio y se volvió hacia su amigo.

—Jero, te lo he contado cientos de veces. Si se pierde una bolsa, todo puede quedar en un incomprensible e inexplicable malentendido. Tienes una oportunidad de salir con vida si aguantas el tipo y desvías las sospechas. Si

desaparecen diez, el asunto termina siendo algo muy distinto. No hay lugar para malos entendidos. Y, con esta gente, no tendrías lugar donde esconderte en lo que te quedase de vida, que sería más bien poco. Además, un kilo de perico son sesenta mil euros. El doble si lo cortas adecuadamente. Una suma considerable. No conviene pasarse de listo.

—Visto así...

—Pero bueno, al final, todo ha salido según lo previsto a pesar del mal trago del numerito de la pistola. ¿Cómo sabías que lo emplearía?

—Lo hace siempre. Disfruta con ello.

—Lo más complicado ha sido tener que imaginarme, hasta el punto de creérmelo yo mismo, que esa bestia estaba a punto de volarme la cabeza de verdad. De lo contrario, si me hubiese encontrado demasiado tranquilo, hubiese podido sospechar algo raro y adiós muy buenas. La verdad es que tampoco me ha costado demasiado esfuerzo. El tío acojona lo suyo. Por cierto, tengo una curiosidad, ¿cómo lograste esta mañana darle el cambiazco a las balas?

La respuesta del Jero lo dejó petrificado en su asiento.

—Esto... ejem... No lo hice.

—¿¿¿Cómo???

—Que no pude hacerlo. El menda no se separó del revólver en ningún momento. No pude cambiarle las balas buenas por las chungas que teníamos preparadas.

—¿Quieres decir que...?

—Lo siento. No pude avisarte.

—Serás hijo de puta...

Goofy permaneció en silencio pensando que lo más probable no es que el Jero no hubiese podido cambiarlas. Es que nunca tuvo intención de hacerlo, confiando en la posibilidad de que le levantaran la tapa de los sesos y poder quedarse con la bolsa para él.

Cabrón.

Ya ajustaría cuentas con él. En cualquier caso, Goofy Rodríguez no estaba dispuesto a consentir que, en adelante, nadie volviese a llamarlo gafe de nuevo. Nunca. Jamás. Durante el resto de su vida.

Se lo había ganado a pulso.

Parque Coimbra, 26 de junio de 2007

Revenge Blues

La primera vez, su imagen fue tan sólo un destello. Una visión del paraíso condensada durante una décima de segundo entre la densa cortina de humo que flotaba en el oscuro café-teatro ubicado en los sótanos de la sala Artépolis. Segundos más tarde, aquella visión desapareció engullida por la multitud que abarrotaba el local. Anhelante, Jorge volvió a buscarla entre el gentío y cuando logró encontrarla de nuevo, descubrió que ella lo observaba con una enigmática sonrisa dibujada en su felino rostro. Sostuvieron sus miradas durante unos breves instantes hasta que ella optó por volver la suya hacia el escenario situado al fondo de la sala. Jorge siguió contemplándola durante unos segundos más antes de hacer lo mismo y seguir disfrutando de la actuación de esa noche. Al fin y al cabo, el trabajo era el trabajo. Él se encontraba allí por motivos estrictamente profesionales aunque, en aquella ocasión, hubiese un placer personal en ello. Los componentes de Metal Crown —el grupo que ofrecía el concierto— eran amigos suyos desde hacía tiempo. Con Eduardo, el guitarrista, había compartido una adolescencia en la que habían simultaneado noches de juerga, ilusiones, pasión por la música e incluso alguna mujer y si bien la vida les había acabado llevando por derroteros muy diferentes, aún les mantenía unidos su amistad y su afinidad musical. Por ese motivo, no fue ninguna sorpresa para Jorge cuando Eduardo, durante los bises y micrófono en mano, le señaló desde el escenario.

—Esta noche tenemos con nosotros a alguien muy especial para el grupo —indicó Eduardo al público—, alguien a quien queremos brindar nuestra actuación de esta noche. Se trata de un crítico musical que trabaja para una conocida revista pero no os preocupéis, no se le nota demasiado y hasta parece buena persona —la sala entera rió la gracia a coro—. Me gustaría presentároslo. Él es... —hizo una pausa acompañada de un gesto teatral mientras en el escenario se escuchaba un redoble de batería— ¡Jorge Pinilla!

Un cañón de luz se posó sobre Jorge que maldijo en su interior el absurdo pero bienintencionado sentido del humor de Eduardo. Jorge hizo una pomposa reverencia correspondiendo a la gracia de su amigo y el cañón de luz se apagó. Eduardo continuó hablando.

—Muy poca gente sabe que mi amigo Jorge sabe tocar hasta tres acordes de guitarra, algo que no todos los guitarristas pueden afirmar —la sala entera volvió a reír— y, por ese motivo, voy a ponerle en un aprieto. Jorge, ¿serías tan amable de subir con nosotros al escenario?

Jorge sonrió con cierto fastidio. Disfrutaba asistiendo a los ensayos de aquellos grupos con los que mantenía una relación amistosa y gustaba de participar de cuando en cuando alguna de sus jam sessions por pura diversión pero lo de subir a un escenario no iba con él. Eduardo le había preparado una encerrona en toda regla. Pero la cuestión pareció complicarse cuando, en el ambiente distendido de la sala, el público aceptó de buen grado la chanza de Eduardo y todos comenzaron a corear el nombre de Jorge. A punto estaba de declinar la oferta cuando sus ojos se posaron de nuevo en aquella desconocida que le miraba con aire desafiante, retándole en silencio a que recogiera el guante lanzado por Eduardo. Jorge no quiso echarse atrás y se dirigió hacia el fondo de la sala.

—¡Vaya!, por fin se ha decidido. Creí que no íbamos a terminar nunca este concierto —comentó Eduardo mientras Jorge accedía al escenario.

Jorge se colgó una de las guitarras que había en un soporte y el grupo comenzó a ejecutar los primeros compases del tema Old Love de Eric Clapton, una de las piezas favoritas de Jorge. Mientras los miembros del grupo desgranaban los acordes de aquel tema, Jorge interpretó la guitarra solista. De cuando en cuando, dirigía su mirada hacia la zona del público donde se encontraba aquella desconocida y comprobaba cómo ésta no apartaba sus ojos de él. Arriba, en el escenario, Jorge sintió que esa noche la música fluía de forma especial y ejecutó el fraseo de aquel blues con virtuosa maestría. Los riffs de guitarra se sucedieron uno tras otro de forma cadenciosa, en perfecta sincronía, imbuidos de un conmovedor sentimiento que recorrió la abovedada sala de un extremo a otro. La actuación fue memorable y puso un broche de oro a la actuación de aquella noche.

Tras descender del escenario entre los aplausos del público, aquella mujer se acercó hasta él y Jorge pudo reparar en ella con mayor atención. Si la primera impresión había sido buena, la segunda era inmejorable. De estatura menuda y rondando la treintena, poseía una hermosa melena ondulada de color castaño que peinaba de forma cuidadosamente descuidada dándole el

aspecto de un delicioso animal salvaje. En su angelical rostro resaltaban de forma rotunda unos ojos de diablesa, de un verde infinito y unos labios carnosos que evocaban miles de silenciosas y oscuras promesas. Vestía un top de color negro que dejaba entrever los excelentes atributos de su sinuoso cuerpo y completaba su atuendo con unos pantalones vaqueros que se ceñían a sus caderas con exactitud milimétrica. Era la personificación del más oscuro e inconfesable sueño de cualquier hombre, la encarnación más bella que Jorge hubiese contemplado jamás.

—Tocas muy bien —le dijo con una suave voz aterciopelada.

—Gracias. Cuando estoy inspirado, sé tocar mucho mejor —respondió Jorge acompañando sus palabras de una estúpida sonrisa con la que trató de evidenciar el doble sentido de sus palabras.

—No me cabe la menor duda —afirmó ella correspondiéndole con un gesto pícaro.

—Si quieres acompañarme a casa, podría hacerte una demostración.

—Me encantaría.

Jorge se acercó al grupo y tras despedirse con un apretón de manos y la promesa de una buena crítica volvió junto a su misteriosa dama.

—Cuando quieras podemos marcharnos.

—Yo vivo aquí cerca —sugirió ella—. Si no tienes inconveniente...

—En absoluto.

Subieron las escaleras agarrados de la mano y salieron del Artépolis. Fuera llovía de forma incesante, casi torrencial. El aire olía a limpio y las calles, recorridas por profusos regueros que serpenteaban sobre el ajado asfalto arrastrando la suciedad urbana, presentaban un aspecto purificado. Ambos caminaron calle abajo apresurando el paso hasta llegar a la plaza de Lavapies, vacía y solitaria, muy diferente al cosmopolita aspecto que presentaba de forma habitual. La mujer giró a la izquierda por la calle de la Fe y tras recorrer un par de manzanas, se detuvo ante un portal al tiempo que extraía un juego de llaves de su bolsillo. Jorge no dejaba de maravillarse por su extraordinaria suerte y de preguntarse cómo era posible que algo como aquello le estuviese pasando. Se consideraba atractivo e incluso podía decirse que tenía cierto éxito entre las mujeres pero nunca se había tenido por un conquistador. Aquella era la primera ocasión en la que él había sido el seducido en lugar del seductor y la sensación

le resultaba excitante. Entraron en el ascensor y ella pulsó el botón que conducía al ático. Mientras iniciaban su ascenso a lo que para Jorge suponía la entrada al reino de los cielos, sus ojos se encontraron de nuevo. Jorge la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Sus bocas se fundieron en un beso, inicialmente tímido, que poco a poco fue dando paso a una pasión encendida. Sus lenguas se midieron con fuerza, con ansiedad, como si temieran que aquel glorioso instante pudiese desvanecerse de repente. Las manos de Jorge exploraban ansiosas, acariciando todos los rincones de aquel universo de promesas. Transcurrió un segundo, un siglo, una eternidad hasta que finalmente el ascensor llegó a su destino.

Abrió la puerta de su casa y con gesto cómplice le ofreció su mano. Jorge le dio la suya y ella le condujo en silencio hasta el salón. La lluvia arreciaba y el agua repiqueteaba armoniosa sobre los cristales del gran ventanal que presidía la estancia. Ella se acercó hasta el equipo de música y, tras ponerlo en marcha, una suave música de blues inundó la sala. Se volvió hacia Jorge y comenzó a despojarse de su cazadora con un gesto de calculada sensualidad. Jorge se acercó hasta ella y deslizó los tirantes de su top de forma lánguida, disfrutando de cada segundo. La estrechó entre sus brazos y besó su cuello con extrema suavidad mientras ella reclinaba la cabeza hacia atrás lanzando un ahogado gemido. Tras un par de minutos en los que ambos se dedicaron a intercambiar ávidas caricias e incitantes juegos como preludeo de lo que aún estaba por llegar, Jorge la despojó de su top. Unos senos profusos, firmes, rotundos, quedaron libres de la prisión que los albergaba y las manos de Jorge acudieron a recibirlos con auténtico alborozo. En ese instante, ella le interrumpió con delicadeza.

—Espera... Vayamos al dormitorio.

Jorge siguió sus pasos a través del salón. Tras acceder al dormitorio, ella acabó de desvestirse y Jorge la imitó. En la calle se había desatado un verdadero diluvio y la lluvia emitía un golpeteo suave, monocorde, hipnotizante que se mezclaba simbióticamente con los suaves acordes de blues que llegaban desde el salón.

La luz de un relámpago cruzó la habitación iluminando sus cuerpos. Se abrazaron, dejándose caer sobre la amplia cama doselada que presidía la habitación, fundiéndose en una amalgama de caricias, susurros y besos

secretos. Jorge bajó su mano en busca del húmedo sexo de ella y lo acarició con deleite a la vez que besaba sus pezones. Ella arqueó su espalda hasta una posición imposible al tiempo que gemía de forma descontrolada. Jorge giró su cuerpo hasta situarse sobre ella, que separó sus piernas en espera del momento crucial. Jorge entró en aquel edén y ella inició un rítmico movimiento de caderas que fue acelerando gradualmente, acompasándolo con penetrantes jadeos y susurros. Los gemidos fueron aumentando en intensidad de forma gradual hasta que súbitamente un profundo y largo orgasmo simultáneo los dejó exhaustos y abrazados sobre la cama.

Transcurridos un par de minutos, ella se levantó y se dirigió hacia el salón. Jorge pudo oír cómo manipulaba el equipo de música e introducía un nuevo disco compacto. En esta ocasión, la música era radicalmente distinta. La melodía era más oscura y siniestra. Lo curioso era que a Jorge no le resultaba del todo desconocida. Tan sólo era incapaz de recordar en qué contexto podía haberla escuchado con anterioridad. Ella entró de nuevo en la habitación interrumpiendo sus pensamientos. La silueta de su cuerpo desnudo se recortaba a través del amplio ventanal. Traía unas cintas de cuero en las manos. Se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—Vamos a jugar a un juego —indicó con voz melosa mientras le cogía de un brazo y comenzaba a enrollarle una de las cintas.

—Me encantan los juegos —replicó Jorge con entusiasmo deduciendo en qué consistiría aquel juego.

Ella repitió la misma operación con el otro brazo y también con las piernas mientras Jorge se dejaba hacer con docilidad. Una vez que hubo comprobado que Jorge estaba amarrado con firmeza al cabecero de hierro forjado de la cama, su semblante cambió en una décima de segundo, pasando de la dulzura más tierna a una extrema severidad. El súbito cambio de actitud produjo una intensa sensación de estupor en Jorge.

—¿Reconoces la música que está sonando? —le espetó con inesperada dureza.

—No —contestó Jorge perplejo—. Pero me es familiar.

—¿Y que opinión te merece, hijo de la gran puta? ¿Tu labor no es criticar? Pues haz tu trabajo.

Jorge pasó del desconcierto a la más absoluta preocupación a una velocidad pasmosa. Y sin frenos.

—¿A cuento de qué viene todo esto?

—Yo te diré a cuento de qué viene, cabrón —en el tomo de su voz despuntaba una incontenible furia—. ¿Qué? ¿Eres incapaz de emitir un juicio de valor sobre lo que estás escuchando? ¿Qué ocurre? ¿No eres el «crítico entre los críticos»? ¿No eres el que presume de tener la potestad sobre lo que está bien y está mal?

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? —acertó a replicar sumido en la más profunda confusión.

—¿Quién coño te crees que eres para arruinar las vidas de los demás sin importarte lo más mínimo? Todavía no lo recuerdas, ¿verdad? Para mi hermano, su música era su vida. Desde que era niño vivía para la música, soñaba con ella. Y peleó muy duro por su sueño hasta obtener un contrato discográfico y poder lanzar su primer disco. Peleamos todos muy duro para que sus sueños salieran adelante. Y todos esos esfuerzos se convirtieron en polvo por que tú, «don-crítico-de-renombre-y-opinión-incontestable», tiraste de un plumazo a la basura todos sus años de esfuerzo.

En ese instante, una luz cruzó la mente de Jorge.

Y recordó.

Recordó a aquel grupo cuyo único disco estaba sonando en esos instantes. Recordó cómo, debido en parte a la poca madurez del grupo y en parte a las funestas críticas —que habían tenido en él a su principal adalid—, aquel grupo fue diluyéndose hasta desaparecer y nunca saberse más de él. Para Jorge fue un grupo más, de los que lo intentan y no lo consiguen. Los había a cientos todos los años. Y los seguiría habiendo hasta que el mundo dejara de serlo. Pero era evidente que para ella no se trataba de un grupo más.

—Pero... no puedes culparme de ello —le respondió Jorge, más angustiado a cada segundo—. Este mundillo funciona así y yo no... Suéltame, por favor...

—¡Cállate! —Su rostro se había transfigurado por completo— No tienes ni puta idea del daño que hiciste. No conoces el final de la historia, ¿verdad? ¿Sabes lo que ocurrió después? Mi hermano, tras su fracaso debido a la basura que tú vomitaste, no consiguió encontrar ninguna discográfica que

volviese a apostar por él. Y su música no sólo era buena. Para él era vital, puesto que vivía para ella y cuando ésta dejó de formar parte de su vida, su existencia dejó de tener sentido. Cayó en una profunda depresión y seis meses después se quitó la vida lanzándose desde un séptimo piso. Y todo por tu culpa, maldito hijo de puta —su voz se había convertido casi en un sollozo—. Yo sentía pasión por mi hermano y tú le destrozaste la vida.

—No puedes culparme. Yo sólo trato de hacer mi trabajo de la misma manera que tu hermano trataba de hacer el suyo. No puedes hacerme responsable.

De repente, el rostro de ella se transmutó adquiriendo una extraña serenidad que preocupó —más aún si cabía— a Jorge.

—En cualquier caso —dijo ella sosegándose—, todo eso carece ya de importancia. Por curiosidad, ¿recuerdas el nombre del grupo de mi hermano?

Jorge trató de hacer memoria.

—No, lo siento. No lo recuerdo.

—El nombre fue proposición mía. A él le encantó —hablaba con voz ausente, con la mirada perdida en el infinito—. Me dijo que le sugería el amor más allá de la vida y la muerte. Su grupo se llamaba Bloody Mantis. Mi hermano me decía a menudo que yo era el espíritu del grupo, que yo era la Mantis. Por desgracia —mientras hablaba fue hasta la cómoda y extrajo del cajón superior un cuchillo de grandes dimensiones—, creo que tú, al igual que todo el mundo, sabe de lo particular de las relaciones que mantienen las Mantis con los machos de su especie.

La lluvia seguía cayendo inexorablemente. En aquel instante, la madrugada fue dando paso al día, filtrando a través de la ventana las primeras luces del alba. Intensos destellos que brillaron con fulgor siniestro al reflejarse en aquella hoja acerada que se hundía una y otra vez en la carne de Jorge. Y al tiempo que las sábanas de la cama se teñían de un intenso rojo carmesí, en el aire flotaron las suaves notas de un blues. El último blues. El blues de la venganza.

Alcorcón, 4 de Diciembre de 2002

Don't Fear The Reaper

La estancia se hallaba iluminada por decenas de velas cuya luz esbozaba turbadores juegos de luces y sombras sobre las paredes. Desnuda, indefensa, con los sentidos embotados, se sumergió muy despacio en el cálido elemento que colmaba la enorme bañera. En el aire se respiraba un intenso olor a cera característico de los recintos sagrados y, en parte, así era. Al menos para ella ya que aquel lugar simbolizaba su lugar de retiro, su santuario. Llevaba horas encerrada en casa, sumida en un asfixiante estado de conmoción tras haberse visto abocada a pasar por el cruel trance de identificar su cuerpo, aquel despojo mutilado que había pasado a engrosar la fatídica y siniestra estadística de los accidentes de tráfico y que hasta no hacía mucho había pertenecido a la persona por la que, de haber sido necesario, habría entregado gustosa su propia vida.

*All our times have come
Here but now they're gone*

Una obsesiva idea, un absurdo pensamiento se abría paso desde lo más profundo de su delirante y extraviada mente. Inmersa en agua tibia, abandonada, desmadejada, confusa, un llanto silencioso y convulso se apoderó de ella. De sus ojos brotó un reguero de aljófares cristalinos que rodaron por su rostro en pura sincronía con las gotas de lluvia que resbalaban por la cara externa del cristal de la ventana. Fuera, en la calle, el viento bufaba con violencia, susurrando y aullando de forma alterna, como si tratase de revelar con su soplo un extraño e incomprensible mensaje.

*Seasons don't fear the reaper
Nor do the wind, the sun or the rain... (we can be like they are)*

La densa cera derretida, a imagen y semejanza de un esperma traslucido, se deslizaba lentamente por el cuerpo de las velas formando caprichosas figuras al solidificarse. Fijó su vista en la llama de una de ellas y

tras su hipnótica y oscilante imagen creyó percibir algo. Una breve respuesta. Una señal, un ruego, una sensación. Algo no definido ni definible. Algo oscuro, frío y sin embargo, alentador.

Come on baby... (don't fear the reaper)

Baby take my hand... (don't fear the reaper)

We'll be able to fly... (don't fear the reaper)

Baby I'm your man...

Un despiadado y ardiente sufrimiento, un dolor no físico pero no por ello menos cruel brotaba de su pecho desnudo y la atenazaba hasta extremos intolerables. Era el dolor de la distancia, el dolor de la certeza, el dolor de la pérdida. Era el fantasma de la soledad que la torturaba de forma impasible consiguiendo que el recuerdo del ser ausente le clavara punzadas de infinita tristeza. No estaba dispuesta a continuar. Sin él, el delicado equilibrio que regía su vida se había roto para siempre y la palabra «futuro» había dejado de tener algún sentido. Estaba decidida. Quizá fuese la única solución, el único consuelo. Si él no podía regresar, ella tendría que recorrer el camino. Debía ir a su encuentro donde quiera que estuviese. Y tan sólo había una forma de hacerlo. Tan sólo había una forma de seguir juntos para siempre.

Valentine is done

Here but now they're gone

Romeo and Juliet

Are together in eternity... (Romeo and Juliet)

La llama de aquella vela bailaba ante sus pupilas como si estuviese dotada de vida propia. Parecía susurrarle con insistencia un inquietante mensaje que en otras circunstancias quizá resultase disparatado pero que ella, en su actual situación, encontraba incluso confortante «¿Qué más daba? Miles de personas mueren todos los días. ¿Qué importancia podría tener la vida de una, de dos más?»

40,000 men and women everyday... (like Romeo and Juliet)

40,000 men and women everyday... (redefine happiness)

Another 40,000 coming everyday... (we can be like they are)

Con la mirada perdida en el vacío, tomó la cuchilla que había depositado en el borde de la bañera momentos antes de dejarse abrazar por su cálido contenido. Una tenue sonrisa brotó en la comisura de sus labios. Pronto estarían juntos de nuevo, pronto burlarían la dolorosa celada que el Destino les había tendido. Situó la hoja a la altura de su rostro, frente a los ojos, y observó con fascinación cómo su filo refulgía bajo la luz de las velas. Con expresión ausente apoyó la cuchilla sobre una de sus muñecas. Sintió cómo, al frío contacto del metal, su piel se estremecía, erizándose. Las lágrimas seguían brotando de sus ojos sin embargo, no sentía tristeza ni temor. Tan sólo un ansia infinita por acudir a su cita. Ya no le cabía duda alguna. Él la estaba esperando. Él la llamaba. Debían reunirse lo antes posible. Una ráfaga de viento gritó con fuerza en la calle, al otro lado de aquellas paredes. La voz del viento insistía en transmitirle su extraño mensaje, un llamamiento que ella ya no podía dejar de escuchar.

Come on baby... (don't fear the reaper)

Baby take my hand... (don't fear the reaper)

We'll be able to fly... (don't fear the reaper)

Baby I'm your man...

Con un suave y ligero movimiento deslizó el filo de la cuchilla por su piel y ésta se abrió mostrando una delgada y tenue línea roja. La sangre comenzó a resbalar a lo largo del brazo dibujando los anárquicos y sutiles trazos de un sombrío árbol escarlata. Sumergió sus heridas en el agua, tibia ya, y la bañera comenzó a teñirse de un siniestro color ocre. Su éxodo había comenzado. Las llamas de las velas titilaron de forma espasmódica como si con su movimiento, con su tétrica danza, quisiesen despedirla en su viaje sin retorno. Un suave y placentero sopor comenzó a apoderarse de ella. Cerró los ojos y echó suavemente su cabeza hacia atrás. El círculo comenzaba a completarse. Sus sentidos continuaron adormeciéndose hasta sumirla en un insólito y extraño letargo. Su mente voló libre, convirtiendo su cerebro en un vertiginoso

maremagnum de recuerdos y anhelos. De pronto, una de aquellas imágenes se instaló en su mente como un funesto presagio: «¿Y si no era aquello lo que él deseaba? ¿Y si estaba cometiendo un grave error? ¿Y si, tras encontrarse, él la despreciaría por haber elegido aquel camino?». Un intenso e irracional escalofrío subió por su espalda y, por vez primera desde que tomara la trascendental decisión, sintió miedo.

Love of two is one

Here but now they're gone

Came the last night of sadness

And it was clear she couldn't go on

En ese instante, la puerta se abrió de golpe y sintió cómo una gélida brisa, que no supo distinguir si era real o fingida, si auténtica o delirada, penetraba en la estancia azotándole el rostro. Desde su semiinconsciencia creyó percibir cómo las cortinas del ventanal temblaban, dotadas de vida propia, y la luz de las velas centelleaba para después extinguirse y dejar la estancia casi a oscuras, tan sólo iluminada por la exigua luz que llegaba desde la calle. Una árida sensación de temor se apoderó de ella por un breve instante.

Tan sólo un instante.

Y entonces lo vio.

Se encontraba allí, bajo el umbral de la puerta. Su rostro no guardaba parecido alguno con la horrible mueca desfigurada que se había visto obligada a contemplar pocas horas antes en el hospital. Su aspecto era tal y como ella lo recordaba, como lo había visto siempre. Un refulgente halo rodeaba su figura. A pesar de todo, allí estaba. Sonriéndole como sólo él sabía hacerlo. Había venido a acompañarla en su viaje, a llevarla allí donde quiera que él estuviese ahora. Él había respondido a su llamada. Había vuelto por ella.

Then the door was open and the wind appeared

The candles blew then disappeared
The curtains flew then he appeared... (saying don't be afraid)
Come on baby... (and she had no fear)
And she ran to him... (then they started to fly)
They looked backward and said goodbye... (she had become like they are)
She had taken his hand... (she had become like they are)
Come on baby... (don't fear the reaper)

Él le ofreció su mano mientras sonreía. Ella alargó la suya y con las yemas de los dedos rozó aquella aureola luminosa y fría. Su etéreo tacto era gélido, extraño pero no desagradable. No vio mover sus labios pero pudo escuchar con fuerza una voz que ella reconoció como la suya. «No temas» le dijo y ella no sintió ningún miedo. Tan sólo una desbordante sensación de ansiedad y alegría por disponer de la oportunidad de volver a unir sus destinos, por recorrer de nuevo juntos el camino, en esta ocasión para siempre. Más allá de cualquier lugar, más allá de cualquier tiempo.

Vamos, nena.

No temas al segador.

Alcorcón, 8 de diciembre de 2004

El tirador

Esa noche hacía un frío duro, intenso, en lo alto de aquel edificio y aun así le sudaban las manos. Metódico, introdujo una bala en la recámara de su rifle Remington M40A1 Custom, comprobó cómo el cerrojo del mismo se desplazaba abriendo y cerrando con suavidad y esperó.

No recordaba su primera vez, ni tan siquiera recordaba la última, pero aquellas sensaciones se habían convertido en algo familiar cada vez que realizaba un trabajo: opresión en el pecho, sequedad en la boca y latir de sienes. Todo aquello debería ser ya pura rutina para él, pero nunca acababa de acostumbrarse. No podía evitarlo. Y particularmente en esta ocasión. Otras veces, el trabajo había sido por cuenta ajena, pero esta vez era diferente. En esta ocasión era por cuenta propia y tal vez, por ese motivo, sentía una mayor inquietud acerca del desenlace. No por lo que pudiera sucederle, sabía que eran gajes del oficio más que asumidos. El autentico problema era su profundo temor a no ser capaz de completar su tarea con éxito. En esta ocasión deseaba, por encima de todo, desempeñar su labor con absoluta y milimétrica precisión. El mero pensamiento de que algo pudiera fallar le angustiaba más de lo habitual. Miró su reloj.

22:30.

Encendió un cigarrillo dándole una profunda calada, como si quisiera eliminar el frío de su cuerpo absorbiendo el calor que desprendía aquella diminuta brasa. Aún tenía tiempo, una media hora, para repasar mentalmente su plan. Llegaría sobre las 23:00, en un BMW negro escoltado por dos vehículos, uno precediéndole y otro detrás cerrando la comitiva. En primer lugar descendería el equipo de custodia que, después de un rápido reconocimiento visual del lugar, aprobarían o desautorizarían el que el presidente descendiera del coche. Le abrirían la puerta del vehículo y una vez abajo, se encaminarían hacia el interior del edificio, con la escolta formando un círculo alrededor suyo.

Seis metros.

Tan sólo seis metros de acera separaban el bordillo de la entrada del edificio, por lo que dispondría únicamente de entre cuatro y seis segundos para llevar a cabo su cometido. Solo tendría una oportunidad, un único disparo y no había lugar a cometer ningún error. No podía permitírselo. Aquel hijo de puta debía pagar lo que había hecho. Lo que le había hecho a su Sandra. Su pobre niña. Ni con todo su poder ni con todas sus influencias iba a escapar de su destino. Se sentía como un dios, juez inexorable, que más que venganza, imparte justicia.

22:40.

Como flashes, imágenes recientes rondaron por su cabeza. Su hija despidiéndose con un fugaz beso antes de salir a divertirse. Su espera más allá de lo razonable. Ya de madrugada, la policía en la puerta de su casa. La llegada al Instituto Anatómico Forense. El ambiente vacío, aséptico y tétrico de la sala. El acre olor a desinfectante. La tensión. Y al final, una fría camilla con una sabana, un cuerpo debajo y el deseo anhelante, según iba acercándose a él, de que ese cuerpo no fuera el de Sandra. Después, la terrible constatación. Su pobre Sandra, destrozada, casi irreconocible de no ser por aquella mancha de nacimiento en su cadera izquierda. “Muerte por traumatismo craneoencefálico” dictaba el informe de la autopsia que, bajo cuerda, había podido obtener a través de un ayudante del forense. El dinero podía comprar muchas cosas, aunque de nada le iba a servir el suyo a aquel cerdo al que estaba esperando en la azotea. Pero el informe, además de la causa última de la muerte, explicaba muchos más detalles: golpes por todo el cuerpo, ensañamiento, heridas incisas con objetos punzantes, violación, desgarró vaginal y anal por introducción de un objeto romo de gran diámetro, quemaduras de cigarrillo, contusiones múltiples en cuerpo y rostro producidas por un objeto similar a una porra —casi con seguridad, el mismo objeto con el que le provocaron los desgarró— hasta dejarla desfigurada. Algunas lesiones fueron infligidas postmortem pero la gran mayoría se produjeron en vida. Más

que un informe forense, aquello parecía el decálogo del marques de Sade. Pero con lo que aquel cerdo no había contado era con que la víctima que había elegido para sus repugnantes juegos, aquella víctima que probablemente eligió al azar en cualquier pub o discoteca, le iba a salir tan cara. El destino, ese cabrón que juega con cartas marcadas, le había repartido esta vez una mano funesta. Había despreciado el factor azar y éste le había devuelto la ofensa al darse la irónica circunstancia de que el padre de esa niña de dieciocho años era uno de los asesinos a sueldo mejor considerados —y más buscados— del oficio con los suficientes contactos en determinados ambientes para haber podido tirar del hilo hasta llegar al ovillo. También había sido mala suerte, pero que se joda. Peor suerte había sufrido su hija y él la estaba soportando de forma estoica. Una ráfaga de aire helado le hizo volver a la realidad. Apuró el cigarrillo y lo apagó cuidadosamente. En la noche, la brasa podía apreciarse con facilidad desde la distancia y eso daría al traste con sus planes. Volvió a consultar su reloj.

22:50.

Lentamente estiró sus músculos que comenzaban a entumecerse a causa del frío y se dispuso para el momento. Se asomó al borde de la azotea e inspeccionó la calle. Al margen de la aglomeración de gente y los medios de comunicación que esperaban a la comitiva, todo estaba relativamente tranquilo. Revisó y ajustó la mira telescópica de su viejo Remington, compañero de muchas fatigas. Le gustaba ser concienzudo en su trabajo. Se subió las solapas de la cazadora y siguió esperando. Le quedaba ya muy poco a aquel cabrón. Se lo había ganado con creces. Solo una alimaña era capaz de hacer lo que él hizo y a las alimañas hay que matarlas, por mucho dinero, poder o influencias que tuvieran. Todo eso no le iba a ser de gran ayuda. Mientras pensaba en todo aquello, se reía entre dientes, sin mucha gana. En los días anteriores, durante la elaboración de su plan, pensó que disfrutaría más de aquel momento, pero, en ese preciso instante, se dio cuenta que tantos años haciendo lo mismo le habían quitado todo el sabor. En cierta manera, le molestaba el hecho de que su víctima no fuera a enterarse de nada. Un disparo directo a la cabeza y se acabó. Por su mente cruzó la idea de que aquel

bastardo merecía sufrir lo que sufrió su hija, pero, por suerte o por desgracia, él era ante todo un profesional y eso le hacía ser desapasionado —que no imparcial ni objetivo, al menos en esa ocasión— en lo que estaba haciendo. Quizá por ese motivo había aguantado tanto tiempo siendo uno de los mejores. Por su capacidad de desconectar sus emociones cuando desempeñaba su trabajo.

De pronto, el sordo murmullo que se oía en la calle fue creciendo hasta convertirse en un distinguible clamor. Se incorporó despacio, apoyándose en la baranda y oteó la calle a través de los prismáticos infrarrojos. Por el final de la avenida se acercaba una comitiva de tres vehículos, con el del presidente en medio, tal y como había previsto. Las 22:56. ¡Mierda!, llegaban con antelación. Sin moverse de su posición, cogió el rifle despacio, lo acarició y se colocó en posición de disparo, apoyando el bípode del mismo en la baranda para evitar movimientos indeseados y obtener mayor precisión. Una irónica idea rondó su cabeza. Menuda iba a organizarse al día siguiente en todos los medios de comunicación, mención aparte del escándalo, que por supuesto, él iba a encargarse de airear con las pruebas que había podido reunir gracias a su dinero y sus contactos. Pero para entonces, él esperaba estar ya lejos. Muy lejos.

Apoyó suavemente la culata en su hombro y pegó su mejilla a ella, sintiendo el suave tacto de la madera contra su cara, hasta acomodar su vista a la mira telescópica. Por el visor iba siguiendo el trazado de la comitiva que se iba acercando a su destino, el edificio frente al cual se encontraba apostado. El vello de la nuca se le erizó y el latir de las sienes se le hizo casi insoportable. Por fin, la comitiva se detuvo abajo, en la calle. Tal y como había previsto, los guardaespaldas de los coches delantero y trasero descendieron de sus vehículos a toda velocidad y realizaron una rápida inspección ocular sobre la multitud. El gentío gritaba ensordecedor, vitoreando al presidente. Los periodistas se acercaban a la comitiva con sus cámaras. Los músculos del tirador se tensaron como el acero. Al parecer, el séquito había dado el visto bueno a la inspección ocular previa y dieron orden de abrir la puerta del vehículo del presidente. Las sienes parecían a punto de estallarle. Los

guardaespaldas seguían vigilando hacia todos lados mientras el presidente iniciaba el descenso de su vehículo. En la mira telescópica, visor y objetivo se fundieron en uno sólo. Apoyó su dedo sobre el gatillo muy despacio, suavemente, como acariciándolo. El presidente y su séquito echaron a andar en dirección al edificio.

¡Bang!

En el televisor se iniciaba el informativo. El busto de la presentadora apareció en la pantalla, hablando con voz monótona, abriendo el noticiario con la información nacional.

—Buenas tardes. Giro inesperado en la investigación sobre el atentado sufrido por el presidente cuando acudía ayer a una cena de gala en honor de unos mandatarios extranjeros de visita en nuestro país, atentado del que, afortunadamente, salió ileso y en el que resulto muerto un miembro de su escolta. Han llegado de manera anónima, tanto a nuestra redacción como a las distintas redacciones de los principales medios de comunicación del país, documentos que parecen probar la implicación de dicho escolta en el caso de violación y asesinato de la joven Sandra Deveraux, que, como recordarán, apareció muerta en un descampado hace apenas una semana. Por otra parte, hasta el momento, el atentado no ha sido reivindicado por ningún...

Desde su butaca pulsó el botón del mando a distancia, apagando el televisor. Encendió un cigarrillo, sonrió irónicamente y siguió contemplando el retrato de su hija con infinita tristeza.

Alcorcón, mayo de 2002

Sensualidad tru(su)culenta

La mujer se llevó las manos a la espalda en un gesto natural no exento de elegante coquetería y, con un hábil y preciso movimiento, soltó el broche que cerraba su sujetador. Sus pechos, por efecto de la gravedad, oscilaron a diestra y siniestra con un suave e hipnótico bamboleo.

Él contempló con alborozo aquellos senos rollizos, profusos, rotundamente esféricos, envueltos en suave piel color canela y sobre los que se esculpían unos pezones erguidos, exquisitos, desafiantes, enmarcados por una tenue aureola que, sin ser mística como la que se le atribuía a las santas, sí evocaba remembranzas de celestialidad.

Admiró aquellos pétreos agujijones con el mismo júbilo contenido con el que se disfruta de la contemplación de dos piezas únicas, de dos diamantes de talla rosácea. Anhelaba la oportunidad de tener aquellos hermosos apéndices a su alcance, de sentirlos suyos, de chuparlos, morderlos, lamerlos, exprimirlos hasta que ella dijese que ya era suficiente.

Ante la extática visión, él rompió a llorar amargamente, más por la ambición y la premura por saborearlos que por el miedo a perderlos. La mujer, con infinita ternura, le tomó la cabeza y la posó sobre su regazo. Él alzó sus manos vacilantes y temblorosas para acariciar con las yemas de sus dedos la tersa y suave piel de aquel redondo Valhalla. Ella introdujo uno de aquellos erectos apéndices en su boca y él succionó con fruición, con codicia, deleitándose, colmando su ansia feroz con aquel néctar de dioses que descendía por su garganta. Una sensación de grato consuelo se apoderó de su ánimo calmando su famélica necesidad.

Con dos meses de edad, tampoco podía aspirar a mucho más.

Alcorcón, febrero de 2007

Llámeme Jack

El hipnótico balanceo del vagón me mantiene, aun a mi pesar, inmerso en un indolente sopor. Absorto, mato el tiempo naufragando entre recónditos pensamientos mientras contemplo el espectáculo que me ofrece el otro lado de la ventanilla. El día se presenta turbio, adusto, gris. Fuera flotan jirones de niebla rala y traslúcida, una volátil cortina que caracolea al paso del convoy dibujando en el aire lánguidos remolinos. La humedad exterior se condensa sobre el cristal tachonándolo de diminutos puntos acuosos que, con el bamboleo del tren, terminan por unirse entre sí y deslizarse cristal abajo trazando decenas de líquidas estrellas fugaces. Tan desapacible perspectiva no puede más que augurar la inminente llegada de una tormenta. Con gesto de hastío, consulto mi reloj lepine de bolsillo. Hace ya tres horas que aquel tren, que a punto estuve de perder, ha salido de Madrid y aún restan otras doce para que alcance su destino, Lisboa.

Demasiado tiempo, demasiado larga la espera.

Sobre uno de los asientos contiguos hallo, abandonado o probablemente olvidado por un anterior ocupante, un ejemplar de *El Imparcial*. Lo ojeo sin excesivo interés. A pesar de no estar redactado en mi idioma natal, no me cuesta demasiado esfuerzo leer sus páginas con cierta fluidez. Las últimas noticias no resultan particularmente alentadoras. Aquel 1888 toca a su fin y la situación de las colonias españolas en Cuba y Filipinas se adivina tensa, presta en el momento menos pensado a la sedición. Tras un somero vistazo a los titulares más relevantes, devuelvo el diario a su lugar y recuesto mi cabeza sobre la mullida tapicería que forra el interior del compartimento. Una fina y persistente lluvia hace acto de presencia. El agua repiquetea contra el ventanal del vagón. Curiosamente, el invierno se presenta muy húmedo aunque no excesivamente frío, cuestión sorprendente dado lo avanzado del año y la proximidad de las fechas navideñas.

Dormito arrullado por el rítmico golpeteo del aguacero cuando el sonido de una puerta corredera me sustrae de mi letargo. Un viajero acaba de introducirse en el compartimento que yo ocupo. Su aspecto, elegante y distinguido, roza lo peculiar. Bien parecido y de edad indeterminada aunque, a

todas luces, madura —rondará la cuarentena—, viste traje de franela azul marino perfectamente conjuntado con un chaleco del mismo color bajo el que se adivina una camisa blanca de lino coronada por un cuello intachablemente almidonado. Completa su atuendo con una corbata gris marengo de estilo inglés y unos botines italianos de corte clásico. La viva imagen de la elegancia en su forma más canónica. Tras depositar su maletín de viaje en el suelo, el recién llegado se dirige a mí empleando ademanes de exquisita cortesía.

—Disculpe, ¿están libres estos asientos?

A pesar de su impecable español, el tono de su voz deja traslucir un acento inglés grave, profundo, pausado, una inflexión que evidencia la elevada extracción social de mi interlocutor. «No hay duda —pensé—. Una persona de buena familia». Asiento con gesto afable al tiempo que, con la mano, lo invito a ocupar una de las plazas. El viajero deposita su bolsa en un anaquel ubicado en la parte superior del compartimento y procede a acomodarse.

—Lamento haberle molestado, pero no quedan más plazas. Acabo de salir de almorzar del vagón restaurante y me he encontrado con que éstas son las únicas libres en todo el tren.

Por supuesto, yo estoy al corriente de aquella situación. Conseguir la reserva del compartimento completo me ha costado lo suyo. Pero, por toda respuesta, esbozo una tenue sonrisa, me encojo de hombros y niego con la cabeza, tratando de componer un gesto con el que restar importancia a su intromisión. Tras aquel escuetísimo intercambio de pareceres, vuelvo a centrar mi atención en el paisaje que desfila ante la ventanilla. Observo cómo el cielo se ha tornado oscuro, plomizo, de un gris tan denso que parece amenazar con desplomarse de un momento a otro. La tormenta arrecia en intensidad estrellando con mayor furia su líquida descarga contra los cristales. En el exterior, un paisaje abrupto y rocoso, un delicioso muestrario de agreste belleza, ofrece una imagen viva y desbordante, inexorable ante el embate de una climatología que anega aquellas tierras en las que la vegetación, ruda, espinosa y salvaje, verdea de forma casi perenne. A pesar de su inclemencia, la contemplación de aquel escorzo ofrece un hermoso espectáculo. Una quebrada y pulsante estela blanca cruza el cielo de parte a parte anticipando el bronco rugido de un trueno. En ese instante, escucho a mi espalda una voz.

—Un admirable paisaje. Nada que ver con mi campiña natal, pero he de reconocer que su encanto está fuera de toda duda.

Vuelvo la cabeza, A mi lado, a escasa distancia, encuentro el aguileño perfil de mi inesperado compañero de viaje, observando por encima de mi hombro la estampa que ofrece la ventanilla.

—¿De dónde es usted? —pregunto por deferencia más que por autentico interés.

—¡Vaya!, compruebo que usted también es inglés —exclama con cordialidad al escuchar mi voz—. ¡Qué agradable coincidencia! Soy originario del condado de Essex aunque resido habitualmente en Londres ¿Y usted?

—Yo también resido en Londres.

—¿Y viaja a Lisboa por placer o por negocios?

Evidencio que mi nuevo compañero de viaje parece ser un irreprimible conversador.

—Negocios. ¿Y usted?

—Ni una cosa ni otra. Voy a embarcar con destino a Sudamérica. Tengo intención de iniciar allí una nueva vida. Dicen que es la tierra de las oportunidades.

—No debe ser una decisión fácil el dejar todo atrás y comenzar de nuevo.

—En ocasiones, son las circunstancias las que mandan —es su escueta respuesta al tiempo que se retira de nuevo a su asiento.

Extraigo mi pipa y una caja de fósforos del bolsillo interior de mi chaqueta. Ante el gesto, mi acompañante opta por dirigirme una mirada reprobadora.

—¿Le molesta si fumo? —pregunto.

—En absoluto. Pero le advierto que no es una costumbre particularmente saludable.

—Tengo un amigo médico que suele decirme lo mismo. ¿Es usted médico?

—Cirujano. Y por propia experiencia se lo digo. No quiera usted saber cómo acaban los pulmones de una persona tras años de practicar tan perniciosa costumbre. He tenido oportunidad de verlo en numerosas ocasiones. No es un espectáculo agradable.

No puedo reprimir un mohín de desagrado ante tan explícita mención.

—Disculpe. No pretendía incomodarlo. —añade el viajero al darse cuenta de mi reacción.

—Una interesante profesión la suya. Supongo que para dedicar la vida a una labor tan... peculiar debe ser necesaria una autentica vocación de por medio.

—¡Oh, sí! —replica—. Desde luego. Provengo de una reputada estirpe de médicos, pero mi interés no se reduce a ser el simple relevo de la tradición familiar. Lo cierto es que me apasiona mi profesión. El cuerpo humano, con su exquisito y delicado funcionamiento, resulta un mecanismo fascinante.

—En el fondo no somos más que un montón de carne, vísceras y humores. Yo no lo encuentro particularmente fascinante.

—No crea. Es cuestión de perspectiva. Somos una maquinaria perfecta, un artefacto de precisión. Como el mejor de los relojes. Incluso el propio Leonardo Da Vinci cayó subyugado ante lo que él denominaba «la más genial y sorprendente de las creaciones». Así lo refleja en sus tratados sobre anatomía. Estamos contruidos de una forma ingeniosamente precisa con el fin de sobrevivir en este mundo ante el hostil ataque de decenas de adversidades. El interior del cuerpo humano es un mundo en si mismo, un apasionante microcosmos.

—No lo dudo, pero ello no lo hace menos desagradable —indico mientras exhalo una voluta de humo.

—Al contrario. Su estudio resulta extremadamente cautivador. Nuestros miembros son lo que son porque cada uno fue diseñado con una función específica. Nuestro interior está dividido en decenas de vísceras, diminutos artilugios tremendamente complejos, cada uno de ellos destinado a cumplir con su justo y esencial cometido y hacerlo en perfecta sincronía con los demás. Contemplar cómo el corazón bombea sangre, cómo ésta recorre venas y arterias para llegar a todo el cuerpo, cómo los pulmones insuflan vida a través del aire que inhalan, cómo, en las mujeres, el útero se convierte en un mecanismo perfecto destinado a albergar y proteger a un nuevo ser... Cada fibra, cada músculo, cada nervio... Todo ello resulta un espectáculo soberbio, casi mágico. Su contemplación y estudio es una experiencia casi mística.

Observo su rostro. En sus ojos brilla un extraño fulgor, al parecer avivado por la inesperada, sorprendente y vehemente disertación que está dedicándome.

—Lamento no compartir su entusiasmo —apunto.

—No le culpo. Sé por experiencia que ese placer hay que vivirlo, que sentirlo en carne propia para entender con plenitud la fascinación que despierta.

La lluvia continúa precipitándose contra los cristales entonando con su golpeteo una cadenciosa y relajante melodía. Siento cómo mis párpados van cerrándose al tiempo que me invade una perezosa lasitud. Poco a poco, una persistente somnolencia va adueñándose de mis sentidos hasta hacerlos caer en un profundo letargo. Extrañas imágenes comienzan a desfilar ante mí, acompañándome en mi onírico viaje. Noche, niebla, hora secreta. Oscuridad. Lóbregos callejones que entrecruzan sus destinos a lo largo de Whitechapel. Gritos. Dolor. Sufrimiento. Miseria. El aliento del diablo, cuyas fauces destilan babas de sangre. Su delectación convertida en risa siniestra, inicua. Sus manos sosteniendo un corazón aún pulsante. A sus pies, el caos

Despierto sobrecogido, respirando de forma agitada y con el amargor del desasosiego enturbiando mi paladar. Vuelvo la mirada. Mi compañero de viaje aún se encuentra allí, en su asiento, observándome con una expresión extrañamente beatífica.

—Me he quedado dormido. Le ruego que me disculpe.

—No tiene importancia. Es normal. Un viaje tan largo resulta agotador.

—Por cierto, aún no me ha dicho su nombre, señor...

—Jack. Llámeme Jack —indica el viajero con una peculiar sonrisa esculpida en sus finos labios—. Todo el mundo lo hace.

Por supuesto. Todo el mundo lo hace. A pesar de que nadie conoce tu rostro, todo el mundo sabe quién es Jack. Incluso yo. Eres la razón de que me encuentre allí. La razón por la que, tras recorrer media Europa en tu zaga, haya terminado por tomar aquel tren con la misión de que tú, bestia inmundada — llamarte hombre sería concederte una disposición que en absoluto mereces—, jamás alcances tu destino. Con la misión de impedir la dispersión de la diabólica semilla que germina en tu interior. De impedirlo a cualquier precio.

—¿Y el suyo es...? —inquire el viajero con afable interés.

—Perdone mi descortesía. Quizá mi nombre le resulte familiar. Me llamo Holmes. Sherlock Holmes —respondo al tiempo que, con disimulo, extraigo mi revolver del bolsillo de la chaqueta y me pregunto cuan dificultoso resultará arrojar un cuerpo desde un tren en marcha.

Parque Coimbra, 22 de marzo de 2008